

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 159

Valencia, 10 de Julio de 1937

María Carbonell, 2

Ideas y doctrinas

ANIVERSARIO

Hace un año, en la tarde del 4 de julio, la Sociedad de Naciones reconoció su fracaso en el conflicto etíope, al suprimir las sanciones.

Aquella misma tarde, un amigo italiano, de paso en Ginebra, camino de Italia, me preguntó qué podría él decir de mi parte a los amigos de Italia acerca de dicho acontecimiento. Y he aquí, en resumen, mi respuesta:

«Diga a todos los amigos que lo ocurrido en Ginebra esta tarde es el acontecimiento más grave que se ha producido desde la guerra mundial. Hace una hora, y por primera vez desde hace dos siglos, Europa ha vuelto a caer en el régimen de la fuerza bruta. En las relaciones internacionales han desaparecido los últimos vestigios de un principio de derecho. Ahora, entre los Estados europeos, no hay más que relaciones de fuerza. Hay que esperar acontecimientos cada día más graves, cuya finalidad será demostrar quién es el más fuerte. ¿Cuál será la suerte de Italia en ese caos de la fuerza que ella ha contribuido tanto a desencadenar? Este es el enigma angustioso del futuro. De todas maneras, dentro de seis meses, se empezarán a experimentar las consecuencias de la total destrucción del orden europeo, comenzada en 1914 por la guerra mundial y terminada hoy por la Asamblea de la Sociedad de Naciones.»

En un artículo publicado en la «Depeche», el 12 de julio, desarrollé la misma idea, algo más suavemente. Era una previsión fácil para un escritor que conoce un poco la verdadera historia del siglo XI; no era una profecía.

Si yo hubiera sido profeta, hubiera dicho a mi amigo que el caos de la fuerza desencadenada empezaría, no dentro de seis meses, sino dentro de quince días. El 19 de julio, empezó la guerra española.

¿Qué es la guerra de España? ¿Una guerra civil? ¿Una guerra entre Estados? Lo uno y lo otro, y es también algo que jamás había conocido la Historia: una guerra clandestina. Italia y Alemania hacen la guerra al Gobierno legítimo de España. Le han hecho un enorme ultraje declarando que no lo reconocían como soberano; han enviado tropas para invadir España y para combatir contra el Ejército español. Pero al mismo tiempo Italia y Alemania se han comprometido con Inglaterra y Francia a no mezclarse en la guerra de España y a no dejar que los demás se mezclen; no pueden, por tanto, declarar a Europa que hacen la guerra a España. Y lo que es aún más extraño: los dos Gobiernos tampoco lo han declarado a sus pueblos. Diariamente caen italianos y alemanes en España; Italia y Alemania no saben todavía oficialmente que existe el estado de guerra. Indirectamente, se empieza a decir en Italia.

Tal extravagancia no se había conocido jamás en la Historia. ¿Una guerra clandestina? Es difícil de prever las complicaciones que podría provocar este nuevo monstruo, dado a luz por el caos de la fuerza, el 4 de julio de 1936. Por el momento, debemos limitarnos a comprobar la situación creada por un año de guerra clandestina. Es evidente que la guerra de España es para los regímenes fascista y «nazi» una cuestión de prestigio, de vital importancia. La guerra de España ha sacudido violentamente a Italia y Alemania; en ambos países, las masas populares son partidarias ardientes del Gobierno español, porque esperan que la derrota de los generales rebeldes será el preludio de su

propia liberación. Si la rebelión fracasa, el régimen fascista de Italia y el régimen «nazi» de Alemania serán sacudidos fuertemente.

Es por esto por lo que no hay que tener esperanza en que Italia y Alemania desistan en su empeño. Esta esperanza renace periódicamente en Francia e Inglaterra solo porque es difícil para un francés y un inglés comprender el espíritu que anima a la política de Italia y Alemania. Estos países harán cuanto puedan para que los generales rebeldes ganen la guerra, sin arriesgarse a una guerra general, a la que tienen más miedo aún que Francia e Inglaterra.

Esto es grave; pero lo es aún más que, aunque Italia y Alemania lograsen destruir la potencia militar española, enviando soldados, cañones, aviones y bombas, no lograrían sustituir esta pérdida dando a España un régimen fascista. Esta es la complicación más peligrosa del asunto español.

Nada da tan bien idea de la barbarie en que ha caído Europa como la ingenuidad con la que se cree que si los generales rebeldes lograsen batir al Ejército republicano, gobernarían en España. ¿Qué idea se hace la élite directora del mundo occidental de un Gobierno, si cree que se puede, en un país europeo y en 1937, conquistar el poder con una guerra de trincheras?

Para que un Gobierno verdadero exista, son necesarios dos elementos: un principio de legitimidad que sea comprendido y aceptado por los que han de obedecer, y organismos ejecutivos, que hoy están representados por una burocracia que actúa según las fórmulas y las tradiciones de una legalidad organizada. Un Gobierno puede también cumplir su cometido, aunque de manera imperfecta, si tiene uno de estos dos elementos. Pero sin ninguno de los dos, no hay Gobierno posible.

Al final de la guerra civil, aunque los generales rebeldes obtuviesen la victoria, no podrían disponer de ninguno de estos dos elementos. Las fórmulas políticas con las que pretenden justificar su rebelión, calcadas de las fórmulas fascistas o «nazis», no contienen ningún principio de legitimidad comprensible para un pueblo civilizado. Solo hay dos en Europa: la monarquía o la democracia. Los demás son solo mixtificaciones. Si el fascismo y el nazismo han podido gobernar, a pesar de su absurdo, es porque encontraron una legalidad preexistente y una burocracia habituada a actuar en esta legalidad desde antiguo, según ciertos métodos y tradiciones. Han gobernado muy mal; pero lo han hecho sirviéndose de este instrumento que había sido preparado por Gobiernos formales.

La guerra civil de España ha roto este instrumento; lo que creará grandes dificultades al mismo Gobierno legítimo si gana la guerra. En cuanto a los generales, no gobernarán jamás; solo podrán someter a España a un régimen de ocupación militar, sirviéndose de fuerzas extranjeras—doscientos o trescientos mil italo-alemanes—. Podrán gobernar a España como los alemanes gobernaron a Bélgica de 1914 a 1918. Después de una guerra civil tan larga y terrible, creo imposible tener sometida a España con un ejército nacional; sería el régimen de la rebeldía permanente. ¿Pero, tolerarían Francia e Inglaterra una ocupación de España, por tiempo indefinido, por tropas italo-alemanas?

He aquí la primera consecuencia del caos de la fuerza desencadenada, que empezó en Europa el 4 de julio de 1936; Italia y Alemania han desencade-

EL DIRECTOR del "Servicio Español de Información" ha recibido del ilustre naturalista don Ignacio Bolívar, la siguiente carta:

Mi distinguido amigo: Me apresuro a expresarle mi agradecimiento por el envío del número de 24 del corriente del Boletín SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN, con el artículo de nuestro común amigo Sr. Navarro Tomás, dirigido a los Hispanistas del Mundo y contestando a las insidiosas manifestaciones de Miguel Artigas, artículo que aplaudo sin rebozo por su energía, exactitud y oportunidad. La misma labor de protección, en orden a las cosas científicas, hemos realizado en el Museo de Ciencias Naturales, reuniendo allí cuanto había disperso en los edificios incautados, especialmente las 70 hermosas vitrinas de grupos biológicos de Medinaceli, que constituyen una valiosísima colección, la que con todo esmero fué trasladada al Museo y etiquetada para instrucción del Pueblo, donde solo está expuesta a los ataques aéreos y al cañoneo de las hordas rebeldes, que, desgraciadamente, han empezado a hacerse sentir.

Mucho celebraré recibir su importante publicación, a la que atribuyo verdadera importancia en estos momentos. Le reitera las gracias por su atención y le envía un afectuoso saludo,

IGNACIO BOLIVAR

30 de junio 1937.

nado una guerra clandestina contra España; si son derrotadas, sufrirán una crisis interior muy grave; si salen victoriosas, harán inevitable una guerra de grandes proporciones para el equilibrio del Mediterráneo y de Europa.

GUGLIELMO FERRERO

(«La Depeche».—Toulouse, 4-7-37.)

Legionarios caídos en el frente de Bilbao

Roma, 2 noche.—Relación de legionarios italianos caídos recientemente en el frente de Bilbao:

Antellini Loris di Anapo, Albano Gregorio di Salvatore, Antola Angelo di Batista, Albertazzi Alfio di Zeffirino, Bruni Giuseppe di Agostino, Berti Alemanno, Bruno Eugenio di Antonio, Correnti Antonio di Giovanni, Conversani Salvatore, Castellini Giuseppe di Calogero, Collari Cristoforo di Giuseppe, Cutrona Vincenzo di Giuseppe, Campus Salvatore di Eufio, De Biasi Vincenzo di Carmine, Di Marco Ferdinando di Giuseppe, Dignana Salvatore, Danieli Emilio di Emilio, De Falco Antonio di Giuseppe, Dose Vittorio di Angelo, Espa Vincenzo di Giuseppe, Erzen Giovanni di Felice, Fascini Gino di Pietro, Fedele Mariano fu Pietro, Zaffio Conio di Franco, Forestieri Giuseppe fu Giuseppe, Foretra Luigi di Giuseppe, Funari Domenico, Ferretti Otello di Angelo, Facciolo Gaetano di Agostino, Gritti Battista di Francesco, Giacometti Giovanni di Romolo, Galasi Giuseppe di Serafino, Graif Emilio di Nicola, Gavin Luigi, Greco Luigi di Domenico, Lorusso Tomaso di Giovanni, La Padula Giuseppe di Italo, Losito Giovanni di Saverio, Lama Alfio fu Antonio, Legno Armando di Aurelio, Lirosi Ricciotti di Francesco, Mussi Alfredo di Giuseppe, Mulas Mario di Ernesto, Merinaccio Pasquale di Carmine, Miltio Alessandro di Luciano, Migazzo Serafino di Martino, Martini Stefano di Nicola, Padovani Federico di Carlo, Picchi Remigio di Angelo, Poschino Salvatore di Matteo, Rover Roberto di Giuseppe, Reina Francesco di Giovanni, Sambiarisi Luigi di Nunzio, Santanselmo Giacomo di Antonio, Serra Angelo di Annibale, Simonetti Guelfo di Silvio, Toscano Salvatore di Angelo, Turini Serafi-

no di Luigi, Taccardi Michele di Riccardo, Valenti Umberto di Michelangelo, Vateloro Onofrio di Vito, Bologna Giovanni di Carmine, Borgeilino Domenico di Calogero, Terranova Antonio di Andrea, Scaglia Paolo di Paolo, Razzotti Domenico di Nicola, Arisi Francesco di Celestino, Visco Salvatore, Lo Pane Nicola di Raffaele, Graziani Antonio di Luigi, Mattia Michele di Salvatore, Manfredi Angelo di Antonio, Bibbo Tomaso di Giovanni, Monaco Giuseppe di Sebastiano, Cardini Ugo di Pio.

Sus gloriosos restos fueron enterrados con todos los honores religiosos y militares.

(De «La Stampa», 3-VII-37.)

El nazismo contra la cultura

La destitución del filósofo alemán Jaspers

BERLIN.—Es del dominio público que en los últimos días han sido separados de sus cargos varios catedráticos de Universidad por no simpatizar con el nazismo. El más conocido de ellos es el antiguo profesor de la Facultad de Filosofía de Heilderberg, Karl Jaspers. Como motivo de la separación del famoso filósofo se aduce el de la supresión de la cátedra, por lo cual los nazis confiesan no encontrar sustituto de este profesor.

Del magno proceso histórico contra los facciosos

(Este informe pertenece a las diligencias sumariales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, están instruyendo todos los fiscales del territorio leal)

El drama de una familia obrera—como el de tantas otras—bajo la persecución fascista, en Córdoba

(Relato según la declaración prestada ante el Fiscal del Jurado de Urgencia de Albacete por el testigo Francisco Conesa Morales, natural de Llano del Bear (Murcia) y vecino de Córdoba.)

CONSECUENCIA DE LA SUBLEVACION FASCISTA

Aquellos momentos en los que, preparando su huida de Córdoba, el joven Juan Pacheco guardaba en una maleta algunas ropas y utensilios de uso personal, le hacían pensar con melancolía en otro día venturoso en que allá en su pueblecillo de la tierra murciana había realizado una tarea semejante.

Entonces, recién casado y con la obtención de un empleo en la «Sociedad Española de Construcciones Electro-mecánicas de Córdoba», arreglaba con alegría su equipaje para trasladarse, con su esposa, a esta ciudad andaluza.

Ya en Córdoba, su tranquilo hogar de trabajador digno y honrado, había quedado colmado de felicidad cuando en él nació su hija, una neñita rubia que parecía llenar de ternura la existencia apacible del matrimonio. En esta situación de ventura, le había sorprendido el día 18 de julio la sublevación militar en Córdoba. Este suceso trunció súbitamente la paz de aquella familia. Juan Pacheco estaba afiliado al Partido Comunista, y en la misma noche de aquel día las detenciones y fulminantes fusilamientos de camaradas suyos hicieron comprender al joven esposo que si no quería correr la misma suerte de éstos había de abandonar la ciudad antes que amaneciese.

Por eso, tras una breve deliberación con su esposa, había decidido el plan de fuga. La mujer le convenció con resueltos argumentos inspirados por el amor a su hombre. No debía dudar; porque si no lo hacía y era prendido y asesinado, ¿qué iba a ser también de ella y de aquella criaturita inocente abandonada a su desdichada pesadumbre? Así, pues, lo primero era que él se pusiera en salvo y se refugiase en alguno de los pueblos de la provincia; que según se decía permanecían resueltamente fieles al Gobierno de la República. Luego, ya encontrara ella una ocasión de ir, con su hija, a reunirse con él y a reanudar su vida hasta que, reducidos los facciosos, pudiera regresar la familia a Córdoba.

A una objeción del marido, en la que éste expresó su intranquilidad por si los fascistas llegasen a ejercer alguna represalia contra su mujer, respondió ella con el acento firme de quien ni siquiera puede imaginar el alcance de las tremendas injusticias. ¿Qué daño habrían de inferirles a ella y a la niña, tan ajenas a las luchas de la política? Nada; respecto a esto, debía marchar tranquilo él.

Y había llegado el momento doloroso de la obligada separación. Quienes le facilitaban la evasión a Pacheco estarían aguardándole ya. No había, pues, tiempo que perder. Arreglada la pequeña maleta, el hombre abrazó y besó a su esposa y a su hija con emocionada efusión. ¡Salud... y hasta que se reunieran otra vez! Aún hizo él una última recomendación a su mujer: que cuidara bien de que nadie molestase a la criatura; aquellos fascistas eran capaces de todo con tal de sumir en desesperación a quienes ellos llamaban «rojos». La mujer le confortó con una frase de firmeza: podía él marchar con la convicción de que

ella no se separaría ni un momento de la nena, pasara lo que fuere.

Se alejó Juan Pacheco sigilosamente, perdido en las sombras de la calleja silenciosa. La mujer quedó llorosa junto al quicio de la puerta. La neñita, en sus brazos, la contemplaba con la inexpresión de sus ojos candorosos.

EN LA PRISION

Las patrullas de falangistas practicaban registros en las casas de los obreros y se llevaban, camino del fusilamiento, a todos los que podían encontrar. Pero como muchos trabajadores habían logrado escapar, ponían en práctica los sabuesos de la Policía facciosa la orden complementaria del general Cascajo, cabecilla de la rebelión en Córdoba: en la casa en donde no fuere hallado el hombre a quien buscaban, habría de ser detenida toda la familia del evadido.

A uno de los muchos antros habitados en Córdoba para prisión fué a parar la esposa de Juan Pacheco, y, siempre con su hija en brazos, permaneció tres días afnada con otras mujeres, a las que sus guardianes amenazaban y vejaban constantemente para que delatasen el paradero de sus maridos, de sus hijos o de sus padres.

Tantas veces como fué interrogada sobre aquel particular, respondió con firmeza en la negativa. Ella desconocía el lugar en dónde estuviera su esposo; pero aunque lo supiera no lo diría.

EL AMOR MUERE APLASTADO POR LA FEROCIDAD

Una noche, aquella mujer fué sa-

cada de la prisión entre unos falangistas armados con mosquetones. La hicieron subir a un coche que, tras un breve recorrido, se detuvo en las afueras de la ciudad. Ya allí, empujada por los esbirros, hubo de colocarse la joven en pie junto a la tapia de una casa de campo. La muchacha tendió la vista hacia aquella edificación y la reconoció; era un merendero, en el que en otros días felices había pasado ella con su esposo algunos días festivos. La evocación del marido ausente la conmovió de nostalgia. Era una de las crueldades del destino. ¿Cómo hubiera podido pensar, cuando en aquel mismo lugar transcurrían para ella horas dichosas, que allí, acaso, había de acabar trágicamente su vida?

Pero renació de pronto en ella el espíritu bravío de las mujeres del pueblo. Los falangistas quisieron atarle los brazos. La joven se opuso rotunda; necesitaba aquellos brazos para cobijar a la niña.

—Es que—la dijeron—puedes dejar a tu hija con nosotros.

La muchacha los apostrofó. ¡Jamás dejaría a la niña con unos monstruos como ellos! Y apretaba a su hijita entre los brazos, con suprema decisión, al pensar que pudieran arrancarla de ellos.

Los falangistas se encogieron de hombros. De improviso, enfilaron los mosquetones hacia el grupo que formaban aquella mujer y la niña dormida en sus brazos, y dispararon.

Aquel que parecía un símbolo del amor y la inocencia quedó en tierra ensangrentado e inerte, como una bella escultura, destrozada por la barbarie feroz de unos incultos seres siniestros.

El fascismo en Extremadura

Albuquerque, bajo los inquisidores de quince años

En Cabeza del Buey hemos hablado con estos treinta y cinco campesinos que últimamente escaparon de la tiranía de Franco. Una movilización decretada por el traidor de traidores les indujo a escapar hacia unas sierras cercanas a Albuquerque, que pueblo invicto, revolucionario, antifeudal, que ahora, merced a la férula de cuatro asesinos jovenzuelos, vuelve a ver arrellenados en su castillo a los residuos de la edad señorial muerta, de la edad en que el capitalismo, dueño de vidas y haciendas, hacía labrar gratuitamente sus usurpadas tierras (85.000 hectáreas) de los baldíos a la manada de esclavos que se mantenía con embutidos de reses muertas y doce fanegas de trigo sucio al año.

Me han hablado mucho de Albuquerque. Hasta del asesinato de mi padre. Setenta y cuatro años; imposibilitado por la asfixia; sordo. ¡Pero tenía un hijo comunista!

Ellos, estos campesinos sufridos, eternos explotados, que han tenido el valor de lanzarse a campo traviesa en busca de una libertad que jamás podría darles la canallesca hegemonía del fascismo, tenían ya el corazón cansado de latir. ¡Se extinguían entre el crudo olor de los cadáveres insepultos y el rojo vivo de la sangre de tantos inocentes hecha verter de forma tan ignominiosa por los verdugos a sueldo de Mussolini e

Hitler! Y con el pensamiento siempre fijo en la destrucción de los grilletes que para ellos suponía la estancia en la preciosa villa de Albuquerque—hoy empapada con sangre de hijos leales a un pueblo que en todo momento propugnó por los sagrados principios de la independencia y el trabajo—lograron respirar los aires puros de la democracia.

MOROS EN ALBUQUERQUE

—Cuando aquella tarde—nos cuenta uno de estos camaradas—vimos desde el paseo de las Laderas quince o veinte camiones que avanzaban en dirección al pueblo, respiramos. Estábamos en la creencia de que se trataba de milicianos. Pero bien pronto nos dimos cuenta de que no era así; de los vehículos comenzaron a descender moros, que con gran rapidez se desplegaron en guerrilla. Estábamos perdidos. Intentamos huir; mas ya las salidas del pueblo estaban tomadas por señóritas armados. ¿De dónde habían salido aquellas armas? No acertábamos a explicárnoslo. En paseo militar, sin disparar ni un solo tiro, tomaron la villa. La Guardia civil nos había traicionado, llevándose casi todas las pocas escopetas, que nos hubieran servido para, siquiera, realizar un intento de defensa. Los fascistas se pusieron en seguida al frente de los moros. A todos nos ha-

cian saludar a la italiana, al estilo de Mussolini. Y aquella misma noche principió la matanza. Sobre las doce dieron en sacar gentes de las casas, llevándolas al Cementerio. Varios centenares de camaradas fueron exterminados en los tres primeros días.

LA CAZA DEL HOMBRE

Los requetés y falangistas se dedicaban después a un deporte sanginario y horrible. Todo condenado a muerte era trasladado en pleno día al Cementerio. Subidos a las tapias del mismo estaban, rifle al brazo, los miembros destacados de la represión, inquisidores imberbes, jóvenes de quince a dieciocho años, que toda su vida habían estado amparados en las «oraciones al Santísimo».

Alejandro Rubio, «Cajilla»; Juanito, «el del teléfono»; el hijo de Julio, «el de las Contribuciones»; Diego Cortés, «el de la botica».

Nuestros hermanos entraban en el recinto. Y uno de los señoritos ordenaba que cerrasen las puertas. Empezaba el espectáculo. Se les decía que corriesen para ponerse a salvo de los rifles. ¡Son escenas que más vale no recordarlas!

Aquellos hombres, locos, con las uñas destrozadas, chorreando sangre por las rozaduras de las balas, corrían desparavidos en todas direcciones e intentaban subir por la planicie inaccesible de las paredes. El silbar de las balas les hacía perder la razón. Hasta que, al fin, caían acerbillados, mientras los asesinos comentaban, riéndose, sobre «quién había cobrado más piezas».

Así murió también la mujer del alcalde, republicano. Casanovas, la «Mafia», y doña Carmen, una maestra de escuela, socialista. Sus compañeros huieron del pueblo. Y los fascistas, echando a un lado el llanto de unos niños que pedían de rodillas la persistencia de un cariño de madre, las enviaron al «Coto», que así denominaban al Cementerio alburquerqueense.

PERROS Y CARNE HUMANA

—El alcalde—me dice otro camarada—tuvo que publicar un bando, en el que se disponía que «todos los perros existentes en el término fuesen muertos en un plazo de cuarenta y ocho horas». Esto tenía su explicación. Yo vi cómo un día uno de estos animales aparecía por las calles del pueblo llevando en la boca un brazo humano. Era un hecho que se repetía con frecuencia. Basta decir que los perros estuvieron manteniéndose de carne de mujer u hombre durante un mes, hasta que se dictó tal disposición. Y es que a los fusilados se les dejaba en las afueras sin enterrarlos. Y si algún familiar—cual ocurrió con Magdalena, «el Rañeco», cuyo cuñado, Damián, intentó darle sepultura, y fué fusilado en aquel mismo instante por un requeté «por meterse donde no le importaba»—guiado por los principios de humanidad y afecto, se acercaba a abrir un hoyo para depositar en él los restos de su allegado, ya sabe lo que le esperaba...

UN BANQUETE MACABRO

Un día—continúa—celebraron en el Ayuntamiento un banquete. A el acudieron, a más de los tiranos de la villa, algunos oficiales de Regulares y de la Guardia civil. Hubo discursos—el poeta de la Virgen de Carrión, cuya pistola asesinó en la calle a varias personas de izquierdas, Manuel Cordovillas, «Ojopapas», recitó «Las gestas del generalísimo», canto, baile, vino, mucho vino... Uno de los reunidos tuvo esta criminal ocurrencia: que fueran llevadas allí las mujeres que habían detenidas en la cárcel. Y así se hizo. La Banda Municipal ejecutaba piezas frívolas incesantemente. Aquellas desgraciadas fueron entonces sometidas al martirio más bárbaro que darse puede. Se las purgó con una fuerte dosis de ricino, obligándolas después—entre el sádico holgorio de aquella caterva de degenerados—a bailar y a beberse enormes vasos que contenían las sobras de viros y licores dejadas por los señoritos... Luego, risas, denuestos,

groserías, lágrimas... Y sobre los baldosines de las oficinas municipales ultrajaban a las hijas de trabajadores, muchas de ellas no llegaban a los dieciséis años... Y un señorito chulo y depravado, Juan Oliveros, al que los nuestros, al estallar el movimiento hicieron casar notarialmente con una muchacha pobre, con la que tuvo un hijo, abandonándola después, vengó esta «afrenta», clavándole un cortaplumas en el costado... ¡Con razón ella no quería salir de la cárcel!...

COMO MUERE UN HIJO

DEL PUEBLO

Hemos vivido allí momentos de una emoción intensa—sigue manifestándose este compañero—. Tal es el caso del fusilamiento de Francisco Plata, que contaba ya los setenta años. Sus hijos se encuentran en los frentes de combate leales. Cuando lo detuvieron preguntáronle:

—¿Dónde están tus hijos?

—Luchando por la República—contestó—. Y si yo pudiera y tuviese menos años haría lo mismo; en las trincheras de la revolución tendría mi puesto.

A la noche siguiente pegaron sus sesos sobre las tapias del Cementerio. Un «¡Muera el fascismo!» fueron sus últimas palabras.

Terminamos de conversar. Son muchas las escenas que me han contado estos camaradas. Y de relatarlas todas—terribles y sangrientas como las dichas—este reportaje resultaría interminable. Dejemos en el tintero otros pasajes para mejor ocasión. Pero no dejemos en el anónimo las palabras que estos muchachos, fuertes y deseosos de lucha, me dicen, cuando se alejan para tomar una camioneta que les ha de conducir al frente:

—En Alburquerque van ya unos seiscientos fusilamientos. Y los que harán todavía. Pero para extirpar allí, como en todos los pueblos extremeños que se encuentran bajo el funesto mandato de los traidores, la simiente del antifascismo, había que fusilar a toda la región...

Nuestros camaradas esperan que a las puertas de aquellas poblaciones lleguen los primeros soldados de la República para unirse a ellos en masa. Es ésta una cosa que los fascistas no podrán evitar... ¡Animo, pues, y a conquistar pronto a la bestia reaccionaria lo que un mal día nos robó!

D. ALBA-COTRINA

(De «Mundo Obrero», Madrid, 8-VII-37.)

En la España facciosa, el franqueo para América cuesta doble que en la España leal

Un periódico americano dice lo siguiente:

«Una carta de la España leal para la Argentina, o Chile, o Bolivia, o Uruguay, necesita un franqueo de treinta céntimos, que es la tarifa establecida, de acuerdo a los convenios internacionales.

Una carta para los mismos países—para cualquier país de América—de la España invadida necesita, exactamente, doble franqueo: sesenta céntimos.

Esa es una de las muchas «ventajas» que los sublevados llevan al territorio que dominan.»

(De «La Correspondencia de Valencia», 8-VII-37.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Hitler persigue a los cristianos de manera implacable; Mussolini, autor de un libro en el que intenta demostrar la inexistencia de Dios, se dispone también a perseguirlos y Franco los utiliza como escabel o los asesina, cuando no son incondicionales suyos

Mario Mariani publica en «Crítica», de Buenos Aires, un interesante y sustancioso artículo, que extractamos a continuación. Su tesis coincide con la actitud de fidelidad del Gobierno observada por los católicos vascos, que supieron ver el peligro que Franco y sus mentores extranjeros significan para el catolicismo.

«Ha empezado en Alemania una terrible campaña contra la cruz. Todos los jefes autorizados del nacional-socialismo hablaron el domingo, en ocasión de los congresos regionales del partido, y obedeciendo una palabra de orden, hablaron contra la Iglesia—o protestante o independiente o católica. Hitler habló en Regensburg a 120.000 camisas pardas. Alfred Rosenberg, el autor de «Mitos del siglo XX» e iniciador del movimiento antisemita, habló en Luneburg, mientras Rudolf Hesse, secretario particular del «führer» tomaba la palabra en Halbe; Goebbels, ministro de Propaganda, en Ratisbone; Erich Kock, en Neidemburg, y Frick, en Hannover.

Los oradores nacional-socialistas fundamentan la campaña en la necesidad de defensa del Estado totalitario contra las dispersiones que pueden proceder de una lucha confesional. El nazismo acarició, con el antisemitismo, una baja pasión de envidia contra el poderío de las minorías semitas que, con su trabajo y tozudez, habían conquistado en el Reich el predominio financiero comercial e industrial; y lisonjea ahora el materialismo de las gentes, que desde hace medio siglo, se adhieren por completo a las ideas de Buechner, de Moleschott, de Nietzsche, y hacen caso omiso de todos los problemas trascendentales. Los últimos filósofos alemanes—Spengler, Vaininger, Kayserling, Heidregger—ignoran totalmente los problemas religiosos o los consideran como fenómenos sociales, en general con menosprecio. La evolución del antisemitismo hacia una forma más vasta y compleja de negación absoluta de todas las confesiones que se han desprendido del pensamiento bíblico, era de esperar. Sobre todo si querían dar al nuevo movimiento de filosofía moral un contenido netamente racial.

Los escépticos del Renacimiento no se entusiasmaron por la Reforma, porque comprendían que la Reforma partía de un supuesto religioso en cuanto el catolicismo neopagano de los cardenales artistas de la curia romana había ya perdido, si no la fe, por lo menos el entusiasmo de la fe, y se contentaba con el ritual. Todo el pensamiento alemán del siglo XIX ha elaborado una filosofía de la indiferencia en materia religiosa, que se desprende del escepticismo de Erasmo y de Bacon, se formula con la «Crítica de Razón Pura», de Kant, y sigue desarrollándose, de Schopenhauer a Nietzsche, y a los modernismos arriba mencionados.

La Alemania de la postguerra tiene una gran tendencia a la incredulidad y a no considerar digno de atención más que lo científicamente demostrado. El nacional-socialismo explota este estado de ánimo, que no ha creado más que encauzado en su río.

El Estado totalitario, con su poder absoluto y absorbente, debía a la fuerza, tarde o temprano, llegar a un choque con la autoridad religiosa.

Las masas han acogido siempre con entusiasmo el llamamiento de la Iglesia para luchas contra los emperadores.

El nacional-socialismo se adelanta y emprende la lucha contra la Iglesia. El entusiasmo que puede despertar una campaña antisemita y anticristiana hace olvidar la falta de pan y manteca, de materias primas y toda la crisis económica. El «Los Von Rom»—libertémonos de Roma—lanzado por Bismark, se adelantaba medio siglo y evidentemente llegaba entonces a destiempo; hoy es más oportuno.

El cristianismo ha resistido a otros embates,

pero es indiscutible que su situación actual toma un cariz cada día más trágico. No obstante los sacrificios heroicos de los misioneros cristianos en Oriente, la propaganda en Asia se ha estrellado contra la tolerancia sonriente y ecléctica de pueblos cuya madurez filosófica en materia religiosa era ya perfecta dos mil años atrás.

En Africa, el abandono de la Etiopía cristiana a las matanzas de Mussolini, ha dado un serio golpe a la fe de los negros que se habían adherido a la cruz.

La política de los católicos españoles ha contribuido a preparar la pérdida de España; una victoria de Franco—muy difícil—no haría más que envolver el catolicismo en el mismo desprecio y odio que los traidores merecen.

Y para colmo, llega ahora la lucha anticristiana del nazismo a confirmar oficialmente el divorcio de Alemania con el cristianismo. Pero hay más. Mientras los oradores oficiales del nazismo lanzan en Alemania diatribas contra el cristianismo, von Blomberg y Mussolini estrechan, en Gaeta y Nápoles, los lazos de una alianza política y militar cuyo alcance y cuyo interés sobrepasa, y de mucho, los intereses que Mussolini pueda tener en conservar su buen acuerdo con el Vaticano. ¿Qué influencia tendrá el anticristianismo de Hitler sobre la versátil y movetizada mentalidad del «duce»? En Italia ya se empieza a hablar de antisemitismo, y hemos ya visto que el antisemitismo es el primer peldaño del anticristianismo.

Agréguese que la misma exploración del espíritu materialista y ateo que se ofrecía en Alemania a la habilidad de los nacional-socialistas, se ofrece en Italia a los dirigentes fascistas.

O mucho me engaño, o estamos cerca de una nueva actitud del fascismo italiano, que sorprenderá tal vez a los extranjeros que no conocen a Mussolini. Y Mussolini, por su pasado, por su cinismo y por su carácter, es, incluso, más indicado que Hitler para una campaña anticristiana. No hay que olvidar que el «duce» ha escrito dos únicos libros, no autobiográficos, en su vida: Uno para demostrar la inexistencia de Dios, y el otro intitulado «La Amante del Cardenal». Efectivamente, se acercan días de grandes pruebas para el catolicismo, y en la misma Italia. Esta es la consecuencia de no haber comprendido a tiempo el alcance del movimiento fascista, típicamente anticristiano.»

La persecución de las creencias religiosas es una consecuencia fatal del dogma hitleriano

El «Daily Worker», de Londres, da cuenta de que recientemente una delegación de católicos alemanes partió de su país con dirección a Roma, para presentarse al Papa y protestar contra la cruel persecución de que son objeto por parte del régimen hitleriano. Cuando el Papa oyó los relatos de sus fieles alemanes, sintió viva indiferencia.

Las potencias fascistas no limitan su persecución de las agrupaciones religiosas a la bestial tortura a que someten a los judíos. El dogma fascista de la superioridad «aria» conduce a un ataque contra los católicos y contra quienes en materia de religión no son del agrado de los caudillos fascistas.

Actualmente, en Alemania, el nazismo dirige sus ataques contra la Iglesia confesional Evangélica. Esta Iglesia lucha contra las tergiversaciones hitlerianas de la religión cristiana, que se oponen a la unión de todos los pueblos.

El II Congreso de Intelectuales Antifascistas

Escritores de todo el mundo en Madrid

Cuando los aviones que defienden España de la barbarie pasaban y volvían a pasar sobre Madrid para dejar su carga sobre los atrinchamientos de los invasores que tuvieron el sueño de apoderarse de la capital de España, comenzaba la sesión del II Congreso de Escritores Antifascistas. En este paranoico se encuentran escritores que representan a todos los países del mundo. En dos filas de butacas se agupan los hispanoamericanos con su perfil español, entre los que destacan algunas fisonomías en las que está mezclada nuestra raza con la de los nativos de América. Allí están los ingleses y norteamericanos, y en

estas otras filas los franceses en butacas contiguas a las de los alemanes. En este local, en fin, se encuentran las inteligencias más claras del mundo. Y si hay diferenciaciones en las razas y en los idiomas, a todos les mueve un mismo espíritu y un mismo sentimiento. Todos están unidos en un mismo sentimiento de cultura y de civilización.

Y aquí vemos al escritor cubano Juan Marinello. A un lado y otro de él; sentados, el danés Andersen, el delegado de Instrucción pública Aguilar, Alberti, Candamo y el ruso Alexis Tolstoi.

Hay un momento de emoción. Su (Continúa en la página siguiente)

Los únicos españoles de la única España

Habéis venido, intelectuales, a celebrar en España el segundo Congreso de la Asociación internacional de Escritores para la defensa de la cultura, cuando ruje el cañón sobre nuestros campos y rayan los acerados aviones el cielo azul del verano español. Queréis defender la cultura y os juntáis, hombres y mujeres de Escandinavia y de Inglaterra, de Rusia y de América, de Francia y de Suiza, de Italia y Alemania, de Grecia y del Balkán, en el país donde se riñe la batalla suprema por o contra esa misma cultura que tanto llama a vuestras nobles preocupaciones primordiales. Habéis oído el tronar de las artillerías. Habéis visto, en Madrid, cómo los proyectiles que arrojan sus bronce cruzan los aires, desgarrándolos, y se abaten sobre la calle, y la casa, y el jardín urbano, buscando víctimas inermes.

España, cuando hace algo más de doce meses, acordásteis venir a ella, era un Estado íntegro y total. La encontráis muy cambiada. La traición y la barbarie, unidas, achicaron provisionalmente sus fronteras y recortaron sus litorales. No habéis podido ir a la Vieja Castilla, con sus ciudades cargadas de historia, amarillas y sonoras de siglos y de silencio; a la Zaragoza de Palafox y Agustina, a la Huesca de la campana, a Teruel la de los amantes, a Navarra la enricada y hermética, a la dulce Galicia que se acuerda de los suevos y toca la gaita al son de los versos de Rosalía, a la Extremadura fronteriza, a la Sevilla labradora y marinera, que dijo Machado; a Cádiz la blanca y verde, a Córdoba la callada y profunda, a Granada dormida al pie de su Alhambra...

Y no habéis podido ir a ellas, porque son tierras profanadas, entregadas al invasor exótico, y que estamos empezando a reconquistar, suelo esclavo que empapó la sangre generosa de sus hijos mejores. Desde Julio de 1936 las vemos pateadas por la Bestia que pretendéis combatir en vuestros Congresos. Vivíamos en una patria ancha, alta y honda, rodeada de mares, surcada por largos ríos anárquicos, defendida por naturales ciudadelas de montañas. ¡Qué bella, variada y singular era esa patria nuestra!... ¡Y cómo la amábamos! Veintidos millones de españoles, herederos de una fuerte tradición, gozábamos, sufríamos, crecíamos, disputábamos, vivíamos sobre sus vegas, cordilleras, valles, bosques, llanuras y playas. Pero entre esos veintidos millones, había cien mil miserables, que preferían ser cipayos del extranjero a ser ciudadanos de un pueblo libre. Y es lo más triste que en ello figuraba la minoría profesional que ceñía España y hacia del patriotismo un oficio privilegiado, de especial jurisdicción.

¡Caso único en los anales de la Humanidad! Los defensores oficiales de la independencia e integridad de España, han llamado a otras naciones para que vengan con ejércitos, con escuadras, con flotas aéreas, con cientos de cañones y carros de asalto, con miles de ametralladoras, a repartirse su propio país, que confiaba en ellos, que les había dado el uniforme y las armas y el prestigio y el mando, esperando, en cambio, que llegada la ocasión, lucharán y murieran en su defensa. Los jefes de esos profesionales, rutilantes de entorchados, estrellas, chaterreteras, bandas, placas, cruces y fajines, cuando una ciudad española es tomada al asalto por los invasores, telegrafían a los reyes y dictadores de éstos, felicitándoles por su triunfo, obtenido sobre escombros ardientes y montones de cadáveres despedazados por la metralla.

¿Os asombra? Pues sabed que el más representativo de todos, una mañana, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, ante el rector y los catedráticos, gritó: «¡Muera la cultura!», sin que su grito, que allí, más que en otra parte alguna, alcanzaba categoría de criminal blasfemia, determinara una protesta airada y ruidosa. Ya, hace un siglo, en otro Unversidad, la de Cervera, unos profesores habían dicho públicamente, escribiéndolo luego, para que quedara constancia: «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir». Pero habían transcurrido cien años. Cien años que han valido por mil. Cien años de progreso veloz. Cien años en que el espíritu recorrió, sobre el Pegaso de la Inquietud investigadora, océanos vastos de ignorancia y de tiniebla...

Os iréis y nos quedaremos, los únicos españoles de la única España, agarrados de cerca y a muerte con el adversario que nos depaaron los Hados implacables. Pero un favor queremos merecer de vosotros: Decid en vuestros países natales o donde viváis el destierro de la persecución política, que estamos peleando, no sólo por nuestra libertad, sino por la de ellos; no solo por nuestra independencia, sino por la independencia de todas las naciones, y que si fuéramos vencidos, toda la civilización, es decir, el resultado total de los esfuerzos que ha hecho el hombre para salir de la caverna troglodítica, desde que descubrió el fuego y se puso en pie y miró con ojos maravillados a los espacios azules y a la llama dorada del Sol, naufragaría en un mar de sangre y de fango y de lágrimas.

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

El "Tregastel" debe ser restituído a Francia

Una carta de P. Vaillant-Couturier al ministro de Negocios Extranjeros

Con motivo de la captura del «Tregastel» por los rebeldes, nuestro camarada Vaillant-Couturier, ha dirigido la siguiente carta al Ministro de Negocios Extranjeros:

«Paris 5 de julio.

Señor ministro de Negocios Extranjeros, Quai d'Orsay.—Paris.

Señor Ministro:

Un barco francés, el «Tregastel», de la Compañía France-Navigation, llevando tripulación francesa, ha sido capturado, hace dos días, en aguas territoriales de Santander, por un crucero rebelde.

Este barco francés iba a evacuar niños. A bordo viajaban un médico de la Marina francesa y un delegado del Control Internacional, que garantizaban el carácter del viaje y del cargamento...

La captura del «Tregastel» por un barco reconocido como pirata por las leyes marítimas es una injuria hecha a la vez al pabellón francés y al Comité de No Intervención de Londres.

Convendremos, en efecto, que es bastante irónico el ver que el Control acaba con la captura del controlador.

Yo le pregunto a usted: ¿qué medida piensa usted tomar, de acuerdo con el señor Ministro de Marina, para que el «Tregastel» sea puesto inmediatamente, con su tripulación, sus pasajeros, su controlador internacional y sus víveres, en condiciones de continuar su ruta y de llevar a cabo su humana misión?

Para Francia, es una cuestión de dignidad y un deber que no puede abandonar.

Reciba usted, señor Ministro, el testimonio de mi mayor consideración.

VAILLANT-COUTURIER
Diputado por el Sena.»

La sorpresa del capitán faccioso

Al tomar nuestras fuerzas del Centro, después de Brunete, Villanueva de la Cañada, llegando de un solo empuje a las posiciones de artillería del enemigo, hicieron numerosos prisioneros, y entre ellos varios oficiales. Uno de éstos, capitán de artillería, al ser llevado a presencia de nuestro mando, dijo:

—Pero es posible? Aquí no veo más que españoles. ¿Dónde están los rusos y los franceses que dirigen a los rojos?

Y como le respondieran que los jefes y oficiales del ejército republicano son hijos de España, añadió:

—Pues en nuestro campo dicen lo contrario. Y todos estamos convencidos de ello. Ahora veo que nos engañaban y que me he estado batiendo, no con extranjeros, como creía, sino con españoles.

Este capitán de artillería, nombre de estudios y, por lo tanto, de responsabilidad, creía, sin embargo, a ojos cerrados, las tablas absurdas de las radios, los comunicados y la prensa rebeldes. Sin duda, se consolaba de ver como los italianos y alemanes se han apoderado de la España fascistoide, imaginándose que entre los republicanos ocurría algo análogo. Y si esto sucede con un jefe, ¿qué no pasará con el simple soldado y con los vecindarios de las ciudades y pueblos dominados por la reacción? La mentira, la impostura, la falsedad, la falsificación sistemáticas de los hechos, han creado un ambiente donde naufragan la lógica, el sentido común y la verosimilitud más elementales.

Desde hace un año, la mitad de España está sin ninguna información auténtica de lo que pasa fuera de ella. La Prensa, sometida a una censura atroz y escrita por plumíferos con alma de lacayos, sólo publica mentacidades dignas de cretinos. Su lectura repele. No hay en sus páginas más que embustes ridículos, jactancias, adulaciones indecorosas y peticiones de nuevos asesinatos, porque aún no se calmó la sed de sangre de los llamados hombres de orden. Y con tal pasto espiritual, ¿qué extraño es que millones de personas vivan completamente engañadas y que hayan renunciado al trabajo de discurrir y formarse una opinión propia de la situación verdadera de su patria? Es verdad que el pesimismo cunde y el cansancio se acentúa y las murmuraciones no cesan. Pero ello es debido a los imponderables que escapan siempre a

la acción de los Gobiernos despóticos...

En el comunicado de Salamanca, en el que después de larga literatura se confiesa la pérdida de Brunete—donde, según los facciosos, no había nadie, aunque hicimos cerca de un centenar de prisioneros, entre ellos un comandante de artillería—, se afirma que se apoderaron de dicho pueblo «unas fuerzas rojas formadas por rusos». ¿Qué rusos? ¿Dónde están? ¿Quién los ha visto? De tal forma hablan de los rusos, en sus partes, radios y periódicos los rebeldes, que, de creerles, debería haber, en la España republicana, centenares de miles de soldados soviéticos.

Y se ha dado el caso de que al llegar a Madrid delegaciones eclesiásticas, parlamentarias o escritoras de Francia, Inglaterra, etc., los miembros de ellas, fatalmente, preguntaban donde estaban los moscovitas que guarnecían las trincheras de la capital de España. Y después de recorrer éstas, confesaban, asombrados, que sólo habían visto españoles mandados por españoles. Los efectos de la propaganda facciosa en el extranjero habían llegado incluso a hacerse sentir en aquellos medios sociales que nos eran y nos son más favorables y simpáticos...

No. Que lo sepan todos. En la España republicana, salvo los contingentes de voluntarios antifascistas extranjeros, alistados espontáneamente en nuestras filas, bajo el impulso de altos ideales, no hay combatiendo más que hombres que nacieron en nuestro suelo y hablan nuestro idioma magnífico. No son posibles entre nosotros los Mancini y los Faupel. Esos se quedan para la España esclava de Franco y consortes...

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este Boletín

La dictadura nazi contra el catolicismo

Con la religión inventada por el ex general Ludendorff se trata de desterrar de Alemania a la Iglesia

Mussolini intenta someter a la opinión católica de Italia al eje Roma-Berlín

La violentísima campaña iniciada por el nazismo contra la Iglesia, campaña en la que se llega a los límites extremos del ensañamiento, destruyendo crucifijos, persiguiendo sacerdotes y altos dignatarios, injuriándoles, insultándoles, tiene su fundamento en la nueva religión fundada por Alemania—mejor dicho por el general Ludendorff—para uso de los alemanes.

Porque el III Reich ha sugerido una nueva religión.

No hace mucho tiempo que las radios, los periódicos, las agencias, lanzaron al mundo la noticia. Hitler aceptaba la comunidad filosófica constituida por sus antiguos compañeros de conspiración; la patrocinaba y la imponía—pues imponerla era darle carácter nacional—a los alemanes.

Fué a raíz de la conversación que ambos personajes sostuvieron y que sirvió para su reconciliación.

Inmediatamente después de aquel coloquio entre los dos enemigos, se publicó una ordenanza—el 8 de mayo de 1937—sobre «el conocimiento alemán de Dios», en la que se decía que el ex general Ludendorff había constituido una comunidad filosófica que quedaba inscripta en los documentos oficiales de la misma manera que las confesiones religiosas.

De esta forma simplísima se fundó una nueva religión: la alemana, forjada en la mente de un militar. ¿Por convicción de Hitler? ¿Por imposición de su credo? No. Por conveniencias políticas y por odio al sentimiento religioso. Por mezquino espíritu de secta. Por el sentido estrecho que informa al nazismo, lo mismo en concepto racial que religioso.

Entre Hitler y Ludendorff existía un abismo de odio. Eran enemigos irreconciliables, pero se reconciliaron.

Fueron amigos, compañeros de conspiración, trabajaron juntos para imponer el nacional-socialismo. Pero cuando el fracasado movimiento de Munich, en 1932, se separaron violentamente, agresivamente. Hitler dio la señal de la sublevación, de la revuelta, disparando según se había convenido, en una cervercería, haciendo un disparo de revólver al techo.

Ludendorff, obedeciendo a la señal, se lanzó a la calle. Tuvo que arrojar al suelo, arrastrarse sobre el adoquinado para no servir de blanco a las ametralladoras y fusiles; lo recogieron las tropas del general von Hoas, y se salvó, al fin, por casualidad. Pero a Hitler no se le vió por ningún sitio. Había desaparecido. Y Ludendorff lo calificó de cobarde.

Durante 20 años el viejo general acusó a su ex amigo de cobardía.

La gente, conociendo al «Führer», que no perdona, se preguntaba extrañada cómo era posible que Ludendorff viviera. Y en Alemania, especialmente, se hizo la pregunta cuando tuvo que fugarse a China von Seek, y von Schleicher fué asesinado.

Pero el creador de la nueva religión vivió. Y no solamente vivió, sino que el mismo Hitler le tendió la mano, buscó la reconciliación, en aquella entrevista célebre en la que indudablemente se acordó el reconocimiento oficial de la «fe alemana».

Esto demuestra claramente que la lucha contra la Iglesia se hace desde el palacio de la Residencia y cacería; que el enemigo es Hitler.

Hitler es el enemigo, y seguramente Ludendorff vivió porque quiso emplearlo como arma contra el cristianismo, que odia. Conocía su «con-

cepción filosófica» y esperaba valer-se de ella para sus fines. Por eso atrajo a Ludendorff, por eso dió carácter oficial a su absurda doctrina. Era el medio para herir a los cristianos. Porque esta imposición de dictadura nazi a las conciencias de los alemanes no implican solamente el reconocimiento oficial, sino que iba mucho más lejos. El problema es más hondo. El plan más vasto. El Estado alemán, desde 1880, reconoció varias Iglesias católicas: católicos romanos, católicos ortodoxos, anglicanos, luteranos, calvinistas, etcétera, y entre todas ellas repartía el impuesto que para el sostenimiento del culto cobraba a los ciudadanos.

Porque en Alemania, desde la época «guillermina» se unificó el sistema tributario, adoptando un tipo de impuesto único que el jefe de familia pagaba.

De este impuesto, el 10 por 100 era considerado como «Kirchsteuer»—tasa de la Iglesia—, y pasaba al fondo de los varios cultos.

Añadir la de Ludendorff a las reconocidas hubiera sido ampararla económicamente. Pero se trata de algo más grave. Se trata de considerarla religión «alemana», «patriótica», única; se trata de excluir a todas las restantes. Se trata de imponer el «Dios alemán», nacido en el cerebro de un ex general, mejor dicho, inventado por su mujer, Matilde Ludendorff, pues ésta es, en realidad, la impulsora de este movimiento, para desplazar a la Iglesia.

En adelante el impuesto que los ciudadanos paguen al Estado para

el sostenimiento de su culto, pasará íntegro al «Pontífice» Ludendorff c al sínodo que él nombre, porque se procurará que no exista otra religión que esta alemana.

Hasta ahora, desde el 8 de mayo de 1937, la «concepción» filosófica del ex general tiene derecho a una parte del impuesto del culto, para costear templos, ritos y oradores; pero en lo futuro le pertenecerá el impuesto íntegro porque terminará desplazando a la religión.

A esto se va, este es su fin.

La Iglesia ha visto el peligro. Se le ha puesto de manifiesto, claramente, descaradamente, la persecución violenta desencadenada contra ella. Y trata de contenerlo.

Se asegura que van a hacer un viaje a Roma con objeto de concretar un plan de defensa del catolicismo en el Reich, las altas dignidades de la Iglesia.

El viaje lo harán, según se dice, los cardenales de Colonia y de Munich, monseñor Schulte y Faulhaber, y los obispos Spörl y Ehrenfeld.

Pero la política de Mussolini aprisiona al Vaticano. Este es prisionero de Mussolini y del eje Roma-Berlín.

Y no puede arriesgarse a estorbar los planes políticos del duce, porque sabe que en ese caso se volvería anticatólico feroz sin que encontrase la menor oposición en sus partidarios que el 1922 apaleaban a los católicos en Italia, con más ensañamiento que a los socialistas; que mataron al sacerdote Mancini con el mismo placer que a Matteotti, que son todos profundamente anticatólicos.

El Congreso de Intelectuales...

(Continuación)

be a la tribuna una sección de cadetes, soldados que después de cursarse en los frentes, estudian ahora para perfeccionar nuestro Ejército y hacerlo invencible, y una sección de soldados que han venido de las trincheras a hacer guardia de honor a los que representan la cultura del mundo, a la que están defendiendo. Estos soldados, quemados por el sol, con los cascos y los fusiles de las trincheras, son los que defienden Madrid y son compañeros de los que en estos mismos momentos en que se celebra el Congreso atacan a las hordas fascistas y las arrancan de su madriguera. Los motores de nuestros aviones y los estampidos lejanos son anuncio de que el Madrid de la defensa, ha pasado a la ofensiva. Una banda de música ehtona el himno republicano.

Un soldado dirige unas palabras de saludo al Congreso. El presidente saluda a los héroes madrileños. Y nombra la presidencia de honor: los escritores internacionales caídos en la lucha contra el fascismo, el general Miaja y el Ejército defensor de Madrid. Don Juan María Aguilar dirige a los congresistas unas calurosas palabras en nombre del Gobierno.

Ludwig Reen habla en nombre de los alemanes que luchan contra la barbarie. «Dejamos la pluma porque no queríamos escribir historias, sino hacer historia. Escribid vosotros que llegáis del extranjero, ya que nosotros no podemos hacerlo en las trincheras. ¡Todo por el Frente Popular de los pueblos, todos a combatir la guerra, nosotros en el campo de batalla, vosotros en la tribuna, en el libro y en el periódico!...»

Habla después el delegado francés: «Los escritores antifascistas franceses no han dejado de gritar,

de pedir solidaridad por la lucha de la libertad y de la justicia contra la vesania fascista.»

El ruso: «No hay una casa de la Unión Soviética donde no este el mapa de España. Sentimos vuestra lucha, cada día, cada momento. La impaciencia de conocer el parte de guerra nos despierta todas las mañanas.»

Este delegado ruso es el autor de «Los marinos de Cronstadt», la película que se proyectó en Madrid cuando los primeros cañonazos fascistas estremecieron las calles. La película que colmó de valor los pechos de los jóvenes madrileños.

Un congresista inglés: «Los delegados ingleses y americanos sabemos por qué estamos aquí: defendemos con nuestra sangre la causa de la justicia española, que es la justicia del mundo.»

Habla el italiano Dononi, con su rostro de latino, en nombre del pueblo de Italia; habla el chino Seu, de voz débil, impasible a los aplausos con que se le saluda, pero olvidándose de disfrazar la pasión y la energía que acompañan su mirada.

Pide el representante de Costa Rica que actúen las internacionales como deben hacerlo. La ayuda moral, los medicamentos y las suscripciones deben transformarse en colaboraciones más efectivas. España lleva un año luchando: ya es hora de que los pueblos se defiendan a sí mismos contra el fascismo ayudando a España de una manera efectiva.

Hay otros discursos interesantes, como el de Córdoba Iturburu. La primera parte de la sesión ha terminado. Continuará el Congreso por la tarde. Nuestros aviones continúan pasando sobre Madrid en dirección a las trincheras fascistas. Los cañones siguen tronando a lo lejos...